

el plácido canto de las aves en la enramada del patio, y un clamoreo de besos que, como himno nupcial, partía de la enrejada ventana abierta.



XVIII



ERMINADA la copiosa y succulenta comida, se levantaron los manteles y fumáronse ricos vegueros tuxtlecos, en tanto el Licenciado, de codos sobre la mesa, fija la mirada en un punto del techo, pensaba y reflexionaba, y después de un rodeo al asunto principal, que se asomaba á la boca pronta á hacer confidencias, dijo á su interlocutor:

—Podrá usted decirme, señor don José, ¿quién es ese hombre que en mangas de camisa ocupó preferente lugar en esta mesa, atendiéndole usted con las consideraciones de amigo?

El interpelado calló un momento, al cabo del cual contestó con presteza:

—Ciertamente: es un buen amigo mío; y aquí el traje no hace al monje.

¡Así como ve á ese hombre en traje de jornalero, podría ser tan leído como usted y más rico que yo!...

—¡Qué me dice!... ¡Eso ya pica en historia!...

—¡Y larga, señor Licenciado!—aseguraba don José acariciándose la perilla entrecana.

—¿Puede conocerse? Porque no hay cosa que más despierte mi curiosidad que la narración de un cuento y el relato de cualquier historia por inverosímil que parezca. Las anécdotas me seducen... los chascarrillos me entusiasman... las charadas me divierten... y los jeroglíficos me entretienen. ¡Siempre ando á caza de ellos!...

En el periódico, ¡oh, en el periódico! —exclamaba abriendo la boca para expresar su petulancia— he escrito, entre un estudio de filosofía materialista y un problema de sociología científica, un

cuento, una anécdota, un chascarrillo... cualquiera de estas cosas separadas ó juntas... Y yo me sentía más autor escribiendo esta clase de literatura ligera, que andando á caza de problemas sociológicos y económicos para probar la carestía del agua ó la baratura del pan... ¡Ay, amigo mío!... Aquello era el tonel de... Diógenes... ¡No, de Diógenes! ¡no, de las Da... Da... Danaides! Mucho echar frases y frases y exprimirse el cerebro... y el periódico nunca se hartaba... ¡Qué había de hartarse!... Pedía y pedía mucho, cual si pidiera al cuerno de... Malta... ¡No, de A... A... Amaltea! Y apenas se llenaba hoy, ya al día siguiente había que hincharlo como á un perro... del mismo modo que el loco, aquel de... ¡de donde sea!

El Licenciado—como de costumbre— había abierto el fuego graneado de su disparada verba.

—El caso es—dijo Don José—que ca-

si la historia es un secreto que no me pertenece

—¿Y qué? Todo se cuenta hoy en secreto Por secreto he sabido que Don Fulano tiene firmados diez pagarés y que no cubrirá ninguno á sus vencimientos Por secreto conozco todas las triquiñuelas de mi contrario en el pleito de una herencia En secreto he cohechado al juez y he sobornado á los secretarios de los juzgados Conque mande usted el secreto á enhoramala y vamos al grano Además, soy persona formal, depositario de la fe pública y archivo de los secretos de todos mis clientes que no son moco de pavo

—No, Señor Licenciado, si no es que dude ni por un momento de la reserva de usted; por el contrario, tengo á usted en muy buen concepto pero

—¡Bueno! ¡No exijo más!—dijo el Licenciado levantándose de su asiento con aire ofendido.—Me me me

quedo con mi curiosidad y me resigno.

—No es para que usted se moleste, Señor Licenciado, pasemos á la sala y allí charlaremos.

El Licenciado coleó un cigarrillo y á paso menudo siguió á Don José.

Instalados en la espaciosa sala, arrellanáronse en cómodas mecedores, y después de las promesas de reserva y de las ofertas de silencio, habló Don José así:

«Ese hombre, que llamó á usted la atención porque se sentaba á mi mesa en mangas de camisa, es un buen muchacho honrado á carta cabal trabajador como pocos y laborioso como ninguno No conoce á su padre, quien lo abandonó antes que naciera; perdió á su madre cuando pudo rodearla de comodidades La madre trabajó mucho puedo asegurar á usted que el trabajo la mató ¡pobrecita! Al morir dejó á su hijo en buen camino tenía un oficio y un nom-

bre pobre pero honrado . . . ¡Qué mejor herencia, Señor Licenciado!

—Hasta ahora, Señor Don José, lo picante de la historia está en el padre desconocido . . . Lo demás es de casi todos los días . . . En las columnas de información se dan cuenta en cada número de estos deslices . . . y cuando no es de un hijo que nace de padre desconocido, es un infanticidio . . . ¡El eterno crimen! . . . El pecado primitivo! . . . ¿no? . . .

—La madre al morir—prosiguió Don José—no dejó á su hijo el nombre del seductor de la infeliz . . . Esa fué su venganza . . . (si pudo ser vengativa tan buena mujer) . . . que su hijo no tuviera más que el recuerdo de la madre que lo amamantó y crió con tantas privaciones y que ignorara . . . que olvidara el nombre del padre, que de manera tan infame lo había abandonado . . . En artículo de muerte le hizo jurar que

nunca reconocería á su padre, aunque lo llamara . . .

—Este es un punto capital . . . y me interesa . . . Un hijo que no conoce á su padre . . . que ignora el nombre del autor de sus días . . . ¡Qué golpe teatral si el padre buscará al hijo! . . . Me seduce como literato para el argumento de una novela y me atrae como abogado para el desarrollo de un litigio . . . ¡Rui . . . rui . . . ruidoso, ruidoso, Señor Don José! . . . Figúrome defensor del huérfano . . . ¿Pruebas? . . . á inventarlas . . . ¿Testigos? . . . hay uno en cada esquina, la cuestión es dar con ellos . . . ¿Jueces? . . . Va . . . va . . . vaya si conoceré á los Jueces!

—¡Allá vamos, allá vamos!—exclamó Don José exasperado por la desenfrenada verbosidad del Licenciado.

—¡Pues lleguemos, Señor Don José!

—Corrieron los años después de la muerte de la pobre señora . . . De pronto recibo una carta de uno de mis co-

rresponsales pidiéndome informes de un tal Infanzón Illescas, dándome la fecha de la época en que vivió por estos lugares

—¿Infanzón? ¿Illescas?

—¡Sí, sí!—le salió al encuentro Don José con una afirmación rotunda con que quiso tapar la boca al Licenciado, que iba á abrirla para endilgar larga perorata.—«Se me preguntaba si el tal Señor había dejado un hijo; si éste vivía, la profesión que tenía Si existía la madre en fin, mil detalles para que yo fuera derecho al asunto.»

El Licenciado, sin dejar de prestar atención al relato de Don José, repetía entre dientes: ¿Infanzón? . . . ¿Illescas? . . . como pidiéndole un recuerdo á su memoria.

—Los datos eran precisos, mi Señor Licenciado, y llegué á saber que hacía cuarenta años que aquí había avecindado un joven llamado Javier y de apellido Infanzón á secas que no se supo

nás de él; pues anocheció y no amaneció en aquella lejana fecha

—¡Oh! ¡Oh!—exclamó el Licenciado levantándose violentamente de la mecedora—ya tengo el hilo la cuestión ahora es dar con el ovillo! ¡Yo conozco á ese Señor Illescas! ¡Le he tratado y es mi amigo!—aseguró con arrogancia.

—Vamos á suponer que usted conoce á ese señor, ¿qué ganamos con eso? La cuestión es dar con el hijo; y no así á la buena de Dios, sino reconocerle la pinta

—¿Y ese escrúpulo detiene á usted? Puedo asegurarle, sin equivocarme en un punto, que si yo tomo á mi cargo el negocio, encuentro, no sólo un hijo para el Señor Illescas, sino hasta veinte ¡hay tantos huérfanos en el mundo! ¡Vamos, deje usted que yo estudie el caso y ve verá, verá como me salgo con la mía!

—¿Tráigame muchos

—;Pero si no me ha dejado usted terminar la historia!

—;Ya no me interesa! — ¡Oh!;Estoy intrigado con el asunto!

—;Un litigio! — Un litigio!

—exclamaba con vehemencia el Licenciado y se paseaba á grandes pasos por la sala; se detenía, hablaba al aire y manoteaba furiosamente; ya se creía ante los jueces echando un largo y sentimental discurso.

—;Oh y en el periódico! Cómo metería ruido en él!

—;Los padres que desconocen á sus hijos! . . . ;Los hijos que bajan hasta las últimas capas sociales por abandono criminal de sus padres!

Don José sacó al Licenciado de semejante alucinación, diciéndole:

«Mi Señor Licenciado, tengo la pena de dejar á usted un instante, voy á darle una vuelta á los trabajadores; queda usted en su casa.»

—;Gracias, muchas gracias! . . . Yo no acompaño á usted . . . ;tengo tanto

que meditar! . . . ;tanto que estudiar!

—;Oh, no se me escapa este asunto!

—;Ya oirá usted hablar de él en la prensa!

—;Oh, la influencia del Cuarto Poder! ;A los diez artículos se rinde la plaza!

—;Ya ve . . . ve . . . verá! ;Ya ve . . . ve . . . verá usted!

Y sin despedirse tomó la puerta y se fué monologando por todo el camino con

alarma de los transeuntes que le creían loco, ó que salía medio chispa de la comida del Señor Don José.

En su largo monólogo iba diciendo:

«No me cabe la menor duda . . . ;si tengo un olfato! . . . ;el hombre de la historia de Don José es hijo de Infanzón!

—;Y si no lo es, lo será! . . . ;Qué Infanzón sólo se apellidaba el joven pecaminoso? . . . ;y qué? . . . ;Cuántos

he conocido Juanes mondos y lirondos y apenas tuvieron un par de pesetas se

hicieron nombrar Juan José Luis Montesco de la Montera!

—;Ó Juan Manuel Pedro de la Caldereta!

—;Y de In-

fanzones falsos como está lleno el mundo! ¡De esos con más ínfulas que los Siete Infantes de Lara juntos! . . . ¡Yo mismo no me llamo Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada! . . .

El Infanzón que yo conozco es rico. . .

¡Unos quinientos mil pesos por lo bajo! . . . ¡Buen bocado para un huérfano y no poca tutela para un abogado! . . . Ahora se llamará Infanzón Illescas porque le viene en gana á fuerza de sus pesos . . .

Hice bien en cortarle el hilo de la narración al bueno del Señor Don José . . . Si llegamos al fin, me enteró de todo el enredo y el lío que se trajo el padre de la criatura . . . Así quedará á Don José la duda de la autenticidad de mi Illescas . . . y yo trabajo el negocio por mi cuenta . . . El hombre de nuestra historia lo dejaremos á obscuras por algún tiempo . . . y ya apareceré cuando sea necesario con las pruebas en las manos y en la mejor ocasión. . . »

Don José se admiraba de la pasmosa locuacidad del Licenciado Sancho Sánchez Sanchete de la Sanchada; en sus días había conocido hombre de lengua más pronta á soltarse sin resuello! . . . parecía esponja que aquí exprimía lo que allá chupaba . . . Y luego con ese acento entre andaluz y gitano y aquel tartajear en los momentos de entusiasmo!

Don José quedó mareado, adolorido de la cabeza y confuso de las ideas por la larga confianza.

Ni por pienso supuso que el Licenciado tomara tan á pecho el asunto de Illescas; le daría vueltas y vueltas en la molliera por unos minutos al soplo de su inconstante pensamiento, y después quedaría parado, quieto y estacionario de igual suerte que reloj sin cuerda . . .

¡Así era de versátil la imaginación del Licenciado!

Si se le hablaba de mecánica, á media conversación saltaba tratando de fusas y semifusas, de corcheas y semicorcheas;

si de comercio y agricultura, sacaba á colación á Tito Livio y á Quintiliano, á Demóstenes y á Marco Aurelio; si de Jurisprudencia, se iba con los cruzados y con Martel y acaba por recordar á los fenicios y á las pirámides de Egipto Era su caletre un saco de arpillera ahito de zarandajas de brillos ofuscantes y sonidos metálicos, que al menor movimiento rompían el toseco tejido y salían á destajo

Llegó á las playas de Veracruz con un título de Licenciado *in utroque* en el exiguo maletín; con las entendederas repletas de ideas abstrusas y problemáticas; con mucho atavío de aventurero y caballeresco en su persona, y con el firme propósito de revalidar su título y ostentar la muceta y encasquetarse el bonete y obtener la bofla de Doctor en ambos derechos.

Alto, moreno; con ojos miopes provistos de lentes montados en arillos de oro; con bigote negro y poblado, de puntas

que se contraían al influjo de una sonrisa irónica; los ojos, vivaces detrás de los cristales, de mirada atrevida, avizor, sombreados por las curvadas alas de un negro bombín, maltratado por la intemperie; metidas las manos dentro los bolsillos del pantalón; encogidos los hombros como si lanzara un ¡no me importa! á todas las flaquezas humanas

Así entró á la Redacción de un diario del puerto heroico*; y allí se pegó á la tarea de todos los días, que fué pegarse al remo.

Aquel periódico tenía sus visos de popular y sus humos de científico; se llenaba como podía, á manera de estómago de pobre que de todo se hartá y nada le indigesta; á él acudían, con la avidez de moscas á la miel, ese montón de poetas desconocidos, eternos versificadores que aturdían diariamente, con el mismo diapason de una música de organillo, á los pacientes lectores; que le cantaban á *ella* en todos los tonos y en todas las medi-

das, manoseando y descabalando el Diccionario de la Rima de Landa; moscardones insoportables que se atreven á andar con zumbidos ensordecedores por los dominios de Flora, hurtando las sobras melosas que dejan en los nectarios los alados insectos.

El Licenciado llegaba á la Redacción con una puntualidad desesperante; tomaba el canje, que, sobre la mesa llena de papeles y de libros, estaba aun sin desenfajillar; se leía todos los periódicos, marcaba éste, apartaba el otro, y en seguida, haciendo un espacio en aquella mesa revuelta, cortaba las cuartillas á tiempo que llegaba otro redactor, literato incipiente, fogoso, atrevido con la metáfora y sanguinario y cruel con la gramática.

Al terminarse los saludos, preguntaba el Licenciado al literato:

«¿Sobre qué escribiré?»

El literato limpiaba la pluma, sucia por la tinta en grumos de la tarea anterior;

se instalaba en una esquina de la mesa, y sobre la pasta de «México á través de los Siglos», que formaba parte de la balanza desordenada, á causa de haber servido de consulta para un artículo patriótico del Licenciado en el pasado 16 de Septiembre, escribía el título del futuro trabajo periodístico.

—Pues trate usted de la crisis económica! — dijo el literato.

—Ya veremos!

—Yo por anticipado tengo el título: á ver lo que sale! — dijo el literato satisfecho de su fecundidad.

Las manos puestas rápidamente en movimiento llenaban y llenaban cuartillas.

—Oiga, compañero?

—Mande usted!

—De qué época es Godofredo de Millon?

—No recuerdo. Pero allí tiene á mano el Diccionario de Toro y Gómez. Él sacará á usted de dudas.

Y no era menuda tarea consultar tal Diccionario! Entre una montaña de periódicos desechos estaba el tomo primero, hinchado por un sin número de papeles, cartas, cuartillas, recortes y pliegos que se guardaban entre sus hojas; el segundo tomo hacía compañía á las obras de Voltaire, incompletas; á una novela de Dickens y á las «Hojas secas» de Bécquer que, en irremediable promiscuidad, se ahogaban debajo de «Sotileza» de Pereda y las obras de Don Manuel de la Revilla, á la vera de las cuales estaba, con su pasta color de rosa, «Alba Roja» de Vargas y Vila, y el último libro de Rubén Darío; de una manotada derribó el Licenciado la torre—verdadera torre de Babel por la confusión de lenguas—de libros y libretos que se enseñoreaban de la mesa en los lomos del voluminoso Diccionario; al ver que el tomo segundo registraba solamente las palabras que comenzaban con H y Z, lo arrojó á un lado

aplastando á «Sotileza» y humillando con su abrumante peso á Vargas Vila y á Rubén Darío, tocándole el hombre á Don Manuel de la Revilla y encarándose con la «Lógica de Hegel» y «El Arte de Hablar», del rígido Hermosilla. Acudió al tomo primero, que desenterró de entre la montaña de periódicos desechos y consultó el nombre que necesitaba.

El literato no hacía caso del Diccionario; escribía y escribía largo y parejo, á todo galope, hasta llenar las veinte cuartillas que le asignaron por tarea.

Andaban en estos tiquismisquis de periodismo adentro, el Licenciado y nuestro literato, cuando entró á la Redacción otro compañero cantando con ronca voz: «*Allons enfants de la Patrie!*»

—Hola, Federico, ¿qué número te ha tocado en la Lotería?

—¡Bien venido sea el gran Federico, ó, si quieres, Federico el Grande de nuestra Redacción!

—«¡Fuera hipóboles y trastrueques...»